

LOS ITALIANOS DE IQUIQUE

*Dr. Luis Noziglia Barbagelata
Contraalmirante SN*

Con motivo de conmemorarse un aniversario más de la epopeya de Iquique, que cubrió de gloria a Chile y asombró al mundo, quisiéramos recordar brevemente la actuación que algunos italianos tuvieron ese día, en relación a los restos mortales de Prat y Serrano y a los heridos en el combate.

A manera de preámbulo, es conveniente no olvidar la ascendencia del héroe máximo de la jornada, Arturo Prat Chacón; de estirpe catalana por el lado paterno, por parte de su madre era bisnieto de un marino italiano de apellido Barrí, natural de Pisa, que habiendo naufragado en nuestros mares del sur se estableció en el país, en donde casó con chilena.

Entre la bizarra tripulación de la *Esmeralda*, que el 21 de mayo de 1879 escribió una página de oro en la historia de Chile, había un italiano descendiente de los antiguos ligures, de aquellos que hace muchas centurias resistieron dura y fieramente ante los invasores galos y romanos. Su nombre era Bartolomeo Rosso; al iniciarse el conflicto no vaciló en ofrecer sus servicios a su patria adoptiva, enrolándose en la armada como fogonero. Quiso el destino que le tocara embarcarse en la corbeta destinada a bloquear el puerto de Iquique y ahí supo servir estoicamente, siguiendo la exhortación y el ejemplo de su jefe. Una placa lo recuerda en la cripta de los héroes del hermoso monumento de Valparaíso, colocada por iniciativa del recordado Cónsul don Tullio Grazioli, secundado por doña Carmen —su activísima esposa— que patrocinó tantas obras benéficas. Dice así:

La colectividad italiana de Valparaíso a Bartolomeo Rosso, fogonero 2° que en la jornada de Iquique vio resurgir bajo cielo austral a los míticos héroes de la antigua Roma.

21-V-1962

En aquel lejano 1879, numerosos extranjeros vivían en el puerto peruano de Iquique, contribuyendo con su esfuerzo y laboriosidad al auge creciente de la región. Particularmente numerosas eran las colectividades española, italiana y austríaca, formada esta última especialmente por ciudadanos eslavos, como también había chilenos, ingleses, chinos, franceses, portugueses, etc.

En la clara mañana del 21 de mayo, en que dos corbetas chilenas bloqueaban el puerto, velozmente corrió la voz de que se acercaban dos buques peruanos, lo que provocó la natural conmoción. El primer tiro del *Huáscar*, antes de entrar la nave a la bahía misma, despertó a los dormilones y pronto todo el mundo, peruanos y extranjeros, hombres, mujeres y niños, tomaron colocación en lo alto de las casas o de los cerros para contemplar la inminente lucha. Así, todo el pueblo fue testigo del homérico combate que terminó después de varias horas con el hundimiento de la *Esmeralda*, sin rendirse, con su bandera al tope. El *Huáscar*, llevando aún a bordo a los muertos, heridos y prisioneros chilenos, persiguió a la *Covadonga*, prestó auxilio a la *Independencia* y regresó a la bahía.

El pueblo seguía contemplando la rada desde el muelle desde la playa El Colorado, desde los cerros. El General en Jefe del Ejército peruano-boliviano, Buendía, llega al muelle y

pide al botero italiano José Guastavino que lo lleve a bordo del *Huáscar*; de regreso, éste coopera con su embarcación al traslado de muertos y heridos, junto con las lanchas del monitor. En la escala del muelle contemplan la escena, entre muchos otros, Antonio Pallavicini y Juan Antognini, quienes ayudaron a recibir cadáveres y heridos que son dejados en el muelle.

El público se conglera y se escuchan expresiones airadas. El corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso, Eloy Caviedes, dice: "La gente hacía cínicos comentarios sobre la muerte de aquellos bandidos. Un extranjero, italiano, no pudo menos de escandalizarse al presenciar aquella espantosa profanación, que nadie trataba de impedir, y se dirigió a la Prefectura, situada a pocos pasos, para comunicar al Prefecto, General López Lavalle, lo que estaba ocurriendo en el muelle".

A Prat y a Serrano les habían atado a la espalda una tabla, pero Aldea no llevaba tal protección; su cuerpo herido y sus miembros fracturados le hacían proferir apagados gemidos cuando, dos marineros, tomándolo de los hombros y de las piernas, lo depositaron en el muelle. Los restos de los primeros y el moribundo Aldea son subidos a unos carros de mano de la Aduana que allí había, actuando con especial solicitud los dos italianos ya mencionados. Ante una indicación de la autoridad, el carro con los restos mortales es corrido por Pallavicini unos veinte metros, hasta dejarlo enfrente de la puerta de la Aduana, en donde queda custodiado por dos miembros de la policía, aunque permitiéndose siempre la aproximación de curiosos. Más tarde, por iniciativa del presidente de la Junta de Beneficencia Española, don Benigno Posada, ayudan ambos a conducir los heridos de la *Esmeralda* al hospital, y en esa triste tarea estuvieron algunas horas, mientras Prat y Serrano seguían prácticamente abandonados en el sitio anteriormente indicado.

Mientras tanto Aldea, presa de horribles dolores, pedía agua. Se le acerca don Adolfo Gariazzo, caballero italiano dueño de una de las boticas de Iquique, a quien el sargento dice su nombre, y mezclando agua con coñac se la da a beber al herido. El señor Gariazzo, ayudado por sus compatriotas Hilario Maino, José Picconi y José Palmieri, lo pasan cuidadosamente a una camilla y lo trasladan al hospital. Examinado aquí de inmediato, se le amputa de urgencia el brazo izquierdo en su tercio superior, debiendo ser ayudado el cirujano por las dos primeras personas mencionadas; las precarias condiciones del herido y sus debilitadas fuerzas no permiten otra intervención. El señor Gariazzo y acompañantes, terminada su humanitaria actuación, se retiran a avanzadas horas, encargando encarecidamente al personal el cuidado del enfermo, quien fallece el día 24.

El 22 en la mañana, Pallavicini regresa a la Aduana. Los cadáveres están en el mismo sitio, habiendo pasado la noche al descubierto. La facies de Prat está llena de sangre coagulada y se aprecia el Cráneo horrorosamente partido, con una herida frontal, pudiéndose observar la masa encefálica.

Durante la mañana, el secretario de la mencionada Junta de Beneficencia Española, don Eduardo Llanos, asturiano, que había vivido años antes en Valparaíso, ha realizado —en compañía del señor Posada— activísimas gestiones ante el Prefecto para conseguir autorización con el objeto de dar honrosa sepultura a los oficiales chilenos. Esta es finalmente concedida a condición de que corran ellos con todos los gastos inherentes y de que el entierro se haga privadamente. Un grupo de personas caritativas, entre las cuales están Pallavicini y Vitaliano Pergolesi con su esposa, envuelven en toscos sacos los cadáveres que así son llevados al hospital, en donde unas sábanas enviadas por el señor Llanos —y que tienen bordadas sus iniciales— pasan a constituir su definitiva mortaja.

Al atardecer y de acuerdo con las condiciones privadas y de reserva en que se debía llevar a cabo la sepultación, un reducidísimo cortejo constituido por unos pocos extranjeros se pone en marcha. Dice un cronista que "en una carreta calichera de un italiano que aún reside en Iquique, viviendo en su casa de negocio situada frente a la Aduana" son conducidos al cementerio los restos de los que tan heroicamente rindieron su vida por la patria. Así terminó esa triste jornada.

Al día siguiente del combate, Pergolesi y Pallavicini recorrían en la mañana la playa El Colorado, y el primero recogió una regla de madera que decía: "Arturo Prat-1870". La guardó cuidadosamente durante algún tiempo y la entregó después a las autoridades chilenas, las que le enviaron la siguiente nota:

JEFATURA POLÍTICA DE TARAPACÁ. N°38

"Iquique, 25 de febrero de 1880

"He tenido el honor de recibir la regla de escritorio que fue de uso del insigne capitán chileno D. Arturo Prat y que usted recogió en la playa de este puerto al día siguiente del combate, en que nuestra querida *Esmeralda* prefirió sumergirse en el mar con sus banderas al tope antes que rendirse a un enemigo superior en fuerzas".

"El obsequio hecho por usted es de un inestimable valor para los compatriotas de Arturo Prat; por ello es que doy a usted las más expresivas gracias no sólo por su obsequio, sino por la nobleza de sentimientos que le ha hecho conservar tan preciosa reliquia".

"A fin de que esa reliquia sea guardada debidamente, esta jefatura política la ha puesto a disposición del Sr. Agustín R. Edwards, diputado al Congreso de Chile y jefe de la más respetada casa bancaria de Sudamérica. Este caballero va a hacer engastar en plata la mencionada regla y colocarla en una hermosa urna en lugar seguro".

"Dios guarde a usted, Miguel Carreño".

"AL SR. PERGOLESÍ, VITALIANO".

Hemos querido rememorar en estas líneas la acción caritativa y humanitaria de algunos italianos, modestos en su mayoría, que actuaron movidos por sentimientos cristianos y que merecen ser recordados con sincera gratitud.

